

*El eterno  
intermedio de*

# *Billy Lynn*

*Ben Fountain*

Traducción de  
David Paradela López

CONTRA

*Billy Lynn's Long Halftime Walk* © 2012, Ben Fountain. Todos los derechos reservados

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Traducción: David Paradela López

Diseño y maquetación: Emma Camacho

Primera edición: Noviembre de 2016

© 2016, Contraediciones, S.L.

Psje. Fontanelles, 6, bajos 2ª

08017 Barcelona

[contra@contraediciones.com](mailto:contra@contraediciones.com)

[www.editorialcontra.com](http://www.editorialcontra.com)

© 2016, David Paradela López, de la traducción

© Inti St. Clair / Getty Images, de la foto de la cubierta

ISBN: 978-84-945612-3-8

Depósito Legal: DL B 21.220-2016

Impreso en España por Romanyà Valls

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

*Para mis padres*

**Empieza la cosa**

9

**Un soldado  
de infantería**

21

**Todo está en tu cabeza,  
pero tenemos remedios  
para eso**

29

**La respuesta humana**

41

**En virtud de lo cual  
lo múltiple se vuelve uno**

59

**Maltratador del alma**

83

**Aquí todos somos  
americanos**

119

**Calentón de polla  
en el nombre del Señor**

151

**Jamie Lee Curtis hizo  
una película de mierda**

169

**XXL**

185

**Esto es todo lo que hay**

203

**Billy y Mango salen de paseo**

233

**Violados por los ángeles**

243

**Si en el futuro me dices  
que esto es el amor,  
no te decepcionaré**

259

**Cordura momentánea**

269

**Mato vampiros a  
cambio de comida**

277

**El dinero  
nos hace reales**

285

**El orgulloso adiós**

307

**Agradecimientos**

331



# Empieza la cosa

LOS HOMBRES DE BRAVO no tienen frío. Es un Día de Acción de Gracias fresco, el viento sopla fuerte, y el parte meteorológico anuncia granizo y lluvia helada para última hora de la tarde, pero los Bravo conservan el calor a golpe de Jack con cola gracias al épico embotellamiento de los días de partido y al minibar de la limusina. Puede que cinco copas en cuarenta minutos sea un poco demasiado, pero Billy necesita un trago después de lo del vestíbulo del hotel, donde varios tandems de ciudadanos agradecidos y sobrecafeinados han interrumpido, como caídos del cielo, su resaca. A Billy se le ha pegado sobre todo un mariquita pálido y blanduzco como un Twinkie embutido en unos jeans almidonados y unas llamativas botas de vaquero. «Yo nunca he estado en el ejército —le ha confesado el hombre, moviéndose de un lado a otro y gesticulando con su enorme vaso de Starbucks—, pero mi abuelo estuvo en Pearl y me contó un montón de historias», y diciendo esto se ha embarcado en una deslavazada perorata acerca de la guerra y Dios y la patria, mientras Billy se abandonaba y dejaba que las palabras fueran arremolinándose dando tumbos en su cabeza

terrRista

libertad

mal

oncese

oncese

oncese

tropas

corajje

apoyar

sacrificio

Bush

valores

Dios

Gracias a una suerte de mierda, a Billy le ha tocado asiento de pasillo en el Texas Stadium, lo cual significa que tendrá que soportar encuentros como ese durante buena parte de la tarde. Le duele el cuello. Anoche durmió fatal. Cada uno de esos cinco Jacks con cola lo hunde un poquito más en el hoyo, pero la imagen de la limu parando delante del hotel ha despertado en él un amasijo de deseos angustiosos, un Hummer color blanco nieve del tamaño de un barco, con seis puertas por lateral y cristales tintados para máxima privacidad. «¡Ahora sí que te escucho!», ha gritado el sargento Dime aba-



lanzándose sobre el minibar mientras todos los demás comentaban con entusiasmo el bling-bling decorativo, pero, tras destruir toda esperanza de pronta recuperación, Billy va sumiéndose en un temor retorcido y secreto.

—Billy —dice Dime—, te me estás durmiendo.

—No es eso, sargento —responde Billy enseguida—. Estaba pensando en las animadoras de los Dallas Cowboys.

—Eso está bien. —Dime levanta el vaso y, como quien no quiere la cosa, añade sin dirigirse a nadie en concreto—: El mayor Mac es gay.

Holliday suelta un gañido.

—¡Coño, Dime, que el hombre está sentado aquí mismo!

Efectivamente, el mayor McLaurin va sentado en el asiento de atrás, contemplando a Dime con la emoción de un lenguado metido en hielo.

—Pero si no oye un carajo —dice Dime riéndose. Se vuelve al mayor Mac y ralentiza sus palabras hasta que habla como si fuera tarado—. ¡MAYOR MACK-LAAAAUUURIN, SEÑOR! EL, SAR-GEN-TO, HOLLI-DAY, DICE, QUE, ES, USTED, GAY.

—Oh, joder —murmulla Holliday, pero los ojos del mayor adquieren un brillo agudo y luego se limita a levantar el puño para mostrar su alianza. Algazara general.

Diez personas ocupan el lujoso habitáculo de la limusina, los ocho soldados supervivientes del escuadrón Bravo, el mayor Mac, oficial de relaciones públicas, y el productor cinematográfico Albert Ratner, que en ese momento está agachado en posición de BlackBerry. Contando al pobre Hongo, muerto, y a Lake, herido de gravedad, entre todos suman dos Estrellas de Plata y ocho de Bronce, aunque ninguna de ellas tenga una explicación coherente. «¿En qué pensaba durante la batalla?», le preguntó en Tulsa la preciosa periodista televisiva, y Billy hizo un esfuerzo. Dios sabe que hizo un esfuerzo, *nunca* deja de esforzarse, pero la *cosa*, el *qué*, ese inefable lo que sea se le escapa, se le resbala, se le escurre. «No estoy seguro —respondió—. Sobre todo una sensación como cuando conduces cabreado. Había explosiones por todas partes y no dejaban de disparar a los nuestros, así que lo hice y punto, en realidad no pensaba en nada.»

Su gran temor hasta el inicio del tiroteo había sido el miedo a joderla. Cuando eso ocurre, la vida en el ejército se vuelve insopor- table. La jodes y te gritan, vuelves a joderla y te vuelven a gritar, pero por debajo de todas esas pequeñas, insignificantes, estúpidas y por lo común inevitables metidas de pata acecha la omnipresente amenaza de joderla bien jodida, de joderla tanto y tan hasta el fondo como para aplastar toda esperanza de redención. Un par de días después de la batalla, Billy iba caminando por el sendero de grava para ir a comer cuando de pronto sintió esa sensación de indulto o de liberación, de haber soltado un peso terrible, sin que para ello hubiera tenido que esforzarse más que para exhalar aire de la manera habitual. Esa sensación como de *ahhhhh*, como si en el fondo aún hubiera esperanza. Como si a lo mejor su vida no fuera absolutamente prescindible. Para entonces las imágenes de Fox News se habían vuelto virales y circula- ban rumores de que los Bravo iban a volver a casa, habladurías de esas que infunden una esperanza suicida y a las que ningún soldado en su sano juicio está dispuesto a dar crédito, y entonces, hete aquí que los transfieren a Bagdad con dos horas de preaviso, y de ahí al otro lado del océano, a por el *Tour de la Victoria*.

Un país, dos semanas, ocho héroes americanos, aunque técnica- mente el escuadrón Bravo no es nada. Ellos son la Compañía Bravo, segundo pelotón, primer escuadrón, estando dicho escuadrón for- mado por las escuadras alpha y bravo, pero el corresponsal de la Fox los bautizó como escuadrón Bravo y así es como los han presentado al mundo. Ahora, al final de la gira, Billy se siente blando, ahíto, soño- liento, fatigado, pasado de revoluciones, y piensa en el principio de todo esto con una tristeza y una nostalgia cada vez mayores. A empe- llones y en plena noche, los subieron a un Hércules que despegó de Bagdad ejecutando una cerrada maniobra en espiral. El Hongo iba con ellos, al fondo, en un féretro cubierto con la bandera. Durante el vuelo hasta Ramstein, en todo momento hubo un par de compa- ñeros sentados a su lado, pero en quienes Billy piensa ahora es en los otros, en los veintitantos civiles con distintos acentos y tonos de piel con quienes compartieron el trayecto. Espías no eran: demasiado gordos para eso, demasiado ajenas sus sonrisas a las calamidades

del mundo, y en cuanto el aparato hubo alzado el vuelo comenzó el desmadre. Whisky del bueno, música retumbando en una docena de radiocasetes, una selva de puros cubanos en llamas; el fuselaje se llenó enseguida de un humo como de caldero de bruja. Resultó que eran chefs de alta cocina. ¿Para quién? Se limitaron a sonreír. «La coalición.» Eran franceses, rumanos, suecos, alemanes, iraníes, griegos, españoles, Billy no acertaba a hallar ni sentido ni patrón en sus nacionalidades, aunque eran amigables y más que generosos, predispuestos a compartir con los soldados la bebida y los cigarros. Evidentemente habían hecho mucho dinero en Irak. Uno de los suecos abrió un maletín de piel de becerro y le mostró a Billy todo el oro que había adquirido en Bagdad, varios kilos de cadenas y collares y monedas de una pureza tal que su brillo era más naranja que dorado. Entre el humo de los cigarros y la risa general, Billy levantó una de las cadenas para sopesarla. Tenía diecinueve años y ni la menor idea de que en la guerra hubiera espacio para tales cosas, y qué lástima, joder, para él y para el resto de los Bravo, que no la hayan ganado en las dos semanas transcurridas desde entonces.

—Sí —dice Albert al teléfono, comprado especialmente en Japón, que va dos años por delante del resto del mundo en la carrera por la superioridad en telefonía móvil—. Díselo, puedes decirle que esta película va a ser dura. Pero también que valdrá la pena. —Guarda silencio unos instantes—. ¿Y yo qué quieres que te diga, Carl? Es una película de guerra: no todo el mundo acaba vivo.

Entretanto, Crack lee en voz alta la columna de apuestas de las páginas deportivas del *Dallas Morning News*, y Holliday y A-bort empiezan a hacer juego. Hay tropecientas apuestas vinculadas al partido, incluyendo si saldrá cara o cruz al lanzar la moneda, con qué canción abrirá Destiny's Child en el intermedio y en qué cuarto se hará la primera referencia al presidente Bush durante la transmisión televisiva.

Crack habla como quien lee una receta.

—El primer pase de Drew Henson será: completo, menos doscientos; incompleto, más ciento cincuenta; interceptado, más mil.

—Incompleto —dice Holliday, anotando algo en su libreta.

—Incompleto —concuerta A-bort, anotándolo en la suya.

—¿Por qué no apostamos a ver en qué cuarto le comeré el culo a Beyoncé? —dice Sykes.

—Las ganas, mamón —dice Holliday, imperturbable.

—Ni en un millón de años —añade A-bort con idéntica indiferencia.

Sykes dice que sí, cómo no, que acepta la apuesta, y en ese momento Albert cierra el celular.

—Bien, chicos, parece que es oficial: Hilary Swank está interesada.

Un momento, para el carro, ¿quién?

—¿Hilary Swank? Vamos, hombre, y una polla —exclama Lodis—. ¿Por qué iba a estar interesada?

—Pooooorque —responde Albert para crear intriga, sabiendo que ahora a los chicos les va a entrar el subidón— quiere hacer *su* papel. —Señala a Billy. Los Bravo estallan en gritos y carcajadas.

—Espera. Espera un segundo. —Billy se ríe como los demás, pero está preocupado, prevé una humillación de proporciones cósmicas—. No sé yo cómo una mujer...

—La verdad es que está barajando la idea de interpretar a Billy y a Dime. Juntaríamos los dos papeles en uno en el que ella haría de protagonista.

Más vótores, esta vez dirigidos a Dime, que se conforma con asentir como en señal de satisfacción.

—Sigo sin ver cómo... —murmura Billy.

—Que sea mujer no significa nada —dice Albert—. Meg Ryan hizo de protagonista en esa del helicóptero, la que hizo con Denzel hará un par de años. O también podría hacer de chico. Además, qué coño, ya le dieron un Oscar por interpretar a un tío. En fin, que haga de chica, de chico o de lo que le dé la gana. El caso es que es más que una cara bonita.

Albert también está en negociaciones con: Oliver Stone, Brian Grazer, Mark Wahlberg, George Clooney. Es una historia heroica, no exenta de tragedia. Las películas sobre Irak no han «funcionado» bien del todo en taquilla, y ahí está el problema, según Albert, pero los Bravo no tienen de qué preocuparse. Puede que desde un punto

de vista ético esta guerra sea ambigua de cojones, pero el triunfo de los Bravo hace olvidar todo eso. La historia de los Bravo es la historia de un rescate, y las tramas con rescate tienen una gran fuerza psicológica. Albert dice que el público responde bien a esas películas. Todo el mundo tiene preocupaciones, básicamente todo el mundo se siente un poco condenado, y hasta los más ricos, los más triunfadores, los más seguros viven en un estado de ansiedad permanente, como si todo pendiera de un hilo. La desesperación es algo intrínseco al ser humano, por eso cuando todo se resuelve, ya sea gracias a un caballero de armadura reluciente, un banco de águilas digitalizadas cayendo a pico sobre las lomas en llamas de Mordor o el Séptimo de Caballería cargando frente al azul del horizonte, la psique humana se dispara. Validación, redención, escapar con vida de las fauces de la muerte, esas cosas tienen fuerza. Mucha fuerza. «Chicos, vuestra hazaña —les ha dicho Albert— es el resultado más feliz para la condición humana. Nos da esperanza, nos permite ver la vida con ilusión. No hay nadie en este mundo que no esté dispuesto a pagar por ver esa película.»

Albert tiene cincuenta y bastantes años, es un tipo de huesos grandes, rollizo, con una mata de pelo rebelde y casi cano y patillas gruesas, pobladas como arbustos, que descienden hasta media mejilla. Luce gafas de montura negra con lentes redondas. Masca chicle. Tiene las manos grandes y huesudas, y de sus orejas asoman una especie de oscuros matojos selváticos. Ese día lleva una camisa blanca de vestir con el cuello abierto, americana azul marino con forro escarlata brillante, abrigo y bufanda de cachemir negro, y unos mocasines finos y relucientes que parecen hechos de chocolate. A Billy este fuego cruzado entre el descuido y la sofisticación lo tiene fascinado y le hace pensar que alguien con ese saber ir por la vida podría zamparse a los Bravo para desayunar sin ni siquiera escupir los huesos. Estamos hablando de un hombre que trata de tú a tú con gente como Al Gore y Tommy Lee Jones y en cuyas películas han trabajado estrellas del calibre de Ben Affleck, Cameron Diaz, Bill Murray, Owen Wilson, dos de los cuatro hermanos Baldwin y muchos más. Por desgracia, todos tienen compromisos previos o no están interesados en una película coral en la que nadie despunta.

—Va a ser el nuevo *Platoon* —dice Albert al teléfono—. Reparto y una estrella, va a ser la leche. Hilary está muy interesada.

Los Bravo escuchan un rato. Jerga hollywoodiense. Esa gente tiene su propio dialecto tribal, rico en permutaciones tonales equivalentes a y-que-más, que-te-calles-perra, vamos-hombre y venga-ya.

—Ni hablar. Prefiero follarme a la madre Teresa a hacer una película con ese.

Los Bravo sonrían.

—Ya, claro. Como que te metan una lavativa cuando tienes un catéter metido en la polla.

Los Bravo lo miran como si fueran a salirse los ojos y ríen hasta que se les escapan los mocos.

—¿Cómo que *solo* un combate? Vamos, Larry, *Black Hawk derribado* también tenía *solo* un combate. Mira, ya sé que es una película de guerra, pero necesito a un director que sepa darle empatía humana a la historia.

Pausa.

—Mira, lo de la lavativa, todavía; lo que me toca los huevos es el catéter.

Más risas. Lodis ya se habría caído del asiento si no llevara puesto el cinturón.

—Mira, Larry, tenemos dos días. Mis chicos se vuelven dentro de dos días y después va a ser muy difícil ponerse en contacto con ellos. A menos que a tus abogados les apetezca tirarse en paracaídas en zona de guerra.

—A lo que íbamos —dice Crack haciendo restallar el periódico—. ¿A Drew Henderson le harán interceptación?: sí, menos ciento veinte; no, más ciento cinco.

—Sí —dice Holliday.

—No —dice A-bort.

—¿Beyoncé me enseñará las tetas cuando me pida que le coma el culo? —añade Sykes, y se pone a cantar con aguda voz de falsete como si fuera una cantante negra: «*I need a soldjah, soldjah, need me a soldjah soldjah boy...*».

—Que te calles —ruge Dime—, Albert está al teléfono.

El resto de los Bravo lo interpretan como la entrada para poder gritarle a Sykes. «¡Calla la boca, tarugo, Albert está al teléfono! ¡Que te calles, pedazo de mierda, Albert está intentando hablar!» A todo eso, un SUV se ha colocado a su altura en el carril de al lado y unas chicas, pero qué chicas, se han asomado a la ventanilla gritando hacia el Hummer; universitarias, quizá un par de años mayores que ellos, una buena muestra de esas delanteras y esos culazos *made in America* con los que bombardean todas las noches en los *realities* de la tele.

—¡Eh! —gritan a través del tráfico—. ¡Bajad la ventanilla! Eh, vosotros, ¿os sobra un poco de Mötet Chandon? Wuuuu-huuuu, ¡vamos, vaqueros! ¡Bajad la ventanilla!

Por Dios, están bien buenas, y cachondas, ahí dando gritos y con el pelo al viento como si fuera un estandarte, chicas con ganas de fiesta como esas con las que los Bravo siempre han soñado. Sykes y A-bort se hacen un lío con la ventanilla de ese lado y los demás los maldicen por su incompetencia; luego se dan cuenta de que las ventanillas del demonio tienen puesto el seguro y todo el mundo le grita al conductor, que finalmente pulsa un botón, los cristales se bajan y en ese momento el entusiasmo de las chicas se desinfla. Vaya, soldados. «Tarados con uniforme», deben de estar pensando, porque para ellas todos son iguales. Ni estrellas del rock ni atletas de élite, nadie del mundo del cine ni de los tabloides, solo una panda de militares en el coche de un millonario al que le ha dado por hacer caridad con la tropa. Los Bravo lo intentan, pero ahora las chicas se muestran cordiales y punto.

—¡Que somos famosos! —grita A-bort—. ¡Van a hacer una película sobre nosotros!

Las chicas sonríen, asienten y miran a ambos lados de la carretera en busca de un mejor partido. Sykes asoma el torso entero por la ventanilla y grita:

—¡Eh, morenaza, estoy casado y muy borracho! ¡Pero te querré aunque estés fea por las mañanas!

Esto hace reír a las chicas y por un momento hay esperanza, pero Billy ve que el brillo de sus ojos empieza a empañarse.

Se recuesta en el asiento y saca el celular; seguramente no iban en serio. «Eh soldado!», dice el mensaje de su hermana Kathryn,

*cuidado lo q hacemos con la pistola*

Hay otro de Pete, el marido de su otra hermana, un bruto acabado,

*A ver si t follas una cheerledr*

Y otro del pastor Rick, que no lo deja en paz,

*Yo honro a los que me honran*

Y eso es todo, no hay más mensajes, ni llamadas, nada. Joder, ¿es que no conoce a *nadie*? Al fin y al cabo es medio famoso, o al menos eso dicen, y uno se hace ilusiones. El tráfico se mueve y las chicas se han perdido de vista, pero ahora el estadio aparece en el horizonte, irguiéndose sobre la llanura de las afueras como una luna congestionada y verrugosa en cuarto menguante. Les han dicho que saldrán en las televisiones de todo el país, aunque no les han dado más detalles y nadie sabe qué hay que hacer. Puede que les hagan decir unas palabras. Puede que los entrevisten. Se rumorea que van a participar en el espectáculo del intermedio, lo que les hace pensar que a lo mejor podrán conocer en persona a las Destiny's Child, aunque otra posibilidad igual de plausible, si no más, es que los convenzan, los engatusen, los empujen o los obliguen por cualquier otro medio para hacer algo estúpido y horriblemente vergonzoso. Como si no hubieran tenido bastante con las televisiones locales: en Omaha los han grabado «interactuando» contra su voluntad con la nueva jaula de los monos del zoo, y en Phoenix los han llevado a un *skatepark*, donde Mango se ha dado un culazo que ha salido en las noticias de la noche. La humillación siempre acecha cuando el hombre de a pie se aventura ante una cámara, y Billy ha decidido que no quiere verse en un brete, hoy no, no en televisión delante de todo el país, no señor, gracias señor, ¡con el debido respeto, señor, me niego a hacer el capullo, señor!

La posibilidad le hace rugir el estómago, como un chorro de aire escapándose a través del pinchazo de una aguja. Quiere y no



quiere salir por la tele. Quiere salir por la tele siempre y cuando no meta la pata y le sirva para mojar, pero, en cuanto ve cómo el estadio va creciendo hasta alcanzar las dimensiones de la Estrella de la Muerte, se pregunta si de verdad va a estar a la altura de lo que le espera. Durante las últimas dos semanas su confianza ha ido de capa caída, con esa sensación de cuando el agua te cubre por encima de la cabeza. Es demasiado joven. No sabe lo suficiente. Dejando a un lado los piques de pilotos aficionados donde su padre hacía de maestro de ceremonias, nunca ha asistido a un evento deportivo profesional. De hecho, se las ha arreglado para crecer en Stovall, doce kilómetros al oeste nada más, sin poner nunca los ojos sobre el legendario Texas Stadium más que a través del expurgado medio televisivo, por lo que este primer avistamiento tiene algo de acontecimiento histórico, o al menos lo intenta. Billy observa el estadio con verdadero cuidado y atención, tomando la medida de su tamaño y de su falta de humor, de su agreste e irremediable fealdad. Años y años de tomas televisivas filmadas con esmero han dotado al lugar de un aire misterioso y romántico, de reducto del orgullo estatal y nacional, como un atisbo de esa vida faraónica y transterrena inherente a las grandes obras públicas, y por eso Billy siempre se ha imaginado el estadio como un pasaje o un portal, una ventana directa a una especie de transcendencia masiva prefabricada, motivo por el cual la cutrez que ahora contempla le provoca un tremendo desengaño. El lugar es enorme, sí, pero parece la obra de un chiflado aficionado al bricolaje. La cubierta es una colcha espantosa de losas mal puestas. Presenta una curvatura, una flacidez de mediana edad que hace pensar en barrigas blandas y próstatas flojas, en ballenas varadas a las que la gravedad aplasta. Billy trata de imaginarse cómo debió de ser en su día, el frescor, el lustre, la promesa de hace... ¿treinta años? ¿Cuarenta? Para él, el pasado es siempre una proposición endeble, pero hay un vínculo oculto entre lo que ahora siente al ver el estadio y lo que siente cuando piensa en su familia. El mismo sopor, la misma pesadez y melancolía, una suerte de depresión dulce-enfermiza en plan emo, casi placentera, en el sentido de que apunta a algo real. ¿Como si la tristeza fuera la verdadera realidad? Sin proponérselo nunca seriamente, ha lle-

gado a convencerse de que la trayectoria habitual es la de la pérdida. Algo nuevo llega al mundo —un bebé, pongamos, o un coche o una casa, o alguien que demuestra un talento especial—, y con suerte y poniendo en ello toda el alma y la voluntad, puede que la cosa aguante un tiempo, pero al final, en última instancia, siempre se vendrá abajo. Es una verdad tan brutal y tan evidente que no entiende cómo no lo ve todo el mundo, de aquí su desprecio ante la sorpresa y la rabia que habitualmente expresa la gente cuando algo se va al carajo. ¿Que la guerra está jodida? Pff. ¿El 11-S? Se veía venir. ¿Que odian nuestras libertades? ¡Pero si es que nos odian a morir! Billy sospecha que, en el fondo, sus compatriotas americanos también lo saben, pero por algún motivo les encanta ese dramatismo adolescente, esa teatralidad estrafalaria de la inocencia perdida, revolcarse por el fango de su compasión autoabsolutoria.

—Mierda —murmura alguien, un resalto en medio del silencio; el estallido de entusiasmo inicial al divisar el estadio ha decaído hasta dejarlos mudos. A lo mejor es el tiempo lo que los deprime, esta luz de invierno prematuro, o a lo mejor el miedo escénico o el simple cansancio, el peso de saber que hoy se les va a exigir mucho. En cualquier caso, los Bravo no llevan muy bien lo del silencio. Su estilo es más de soltar chorradas y paridas, pero el hechizo del temor introspectivo concluye con la aparición de un enorme cartel casero clavado en un poste al borde de la carretera. En el cartel pone: «¡PAREMOS LA VIOLACIÓN ANAL EN IRAK», y debajo alguien ha escrito a mano: «¡Por las barbas del profeta!». Los Bravo estallan en carcajadas.